

Stephen Fry

El mentiroso



ANAGRAMA
Colección Compactos

EL MENTIROSO

STEPHEN FRY

ANAGRAMA

Colección Compactos

Título de la edición original:
The Liar

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© imagen de cubierta, lookatcia.com

© de la traducción, Benito Gómez Ibáñez, 1995

© Stephen Fry, 1991

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2019
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4083-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

A.....

(rellénese con nombre y apellidos)

De lo que se dice a continuación, ni una palabra es cierta.

Una Camiseta Fame se detuvo frente a la casa natal de Mozart. Alzó la vista hacia el edificio y le brillaron los ojos. Permaneció absolutamente quieto, mirando hacia arriba y resplandeciente de admiración mientras un grupo de Vaqueros Desteñidos y Bermudas Fluorescentes lo apartaban a empujones para entrar en la casa. Entonces sacudió la cabeza, hundió la mano en el bolsillo del pantalón y echó a andar. A su espalda, una voz tenue y aguda le hizo detenerse a media zancada.

—¿Has meditado alguna vez, Adrian, sobre el fenómeno de los arroyos?

—¿De los rollos, dices?

—Rollo no, Adrian. Rollos no. Piensa en arroyos de montaña. En pozos, manantiales y fuentes. En fuentes en el sentido más amplio y hermoso. Jerusalén, por ejemplo, es una fuente de religión. Una pequeña ciudad en el desierto, pero origen de las tres religiones más influyentes del mundo. Es la capital del judaísmo, el escenario de la crucifixión de Cristo y el lugar donde Mahoma subió a los cielos. La religión bulle en sus arenas.

La camiseta Fame sonrió para sus adentros y entró en el edificio.

Una Chaqueta de Tweed y una Camisa de Algodón de Oxford con Botones en el Cuello se detuvieron frente a los escalones. Era su turno de alzar la vista con reverencia mientras la oleada de tráfico humano fluía a su alrededor por la Getreidegasse.

—Fíjate en Salzburgo. No es ni mucho menos la ciudad más importante de Austria, pero sí una Jerusalén para todo amante de la música. Haydn, Schubert y..., ay, Dios mío, sí, aquí lo tenemos..., Mozart.

—Existe la teoría de que hay una serie de líneas que atraviesan la tierra en todas direcciones y que en los puntos donde se cruzan pasan cosas raras —dijo la Camisa de Algodón de Oxford con Botones en el Cuello—. Líneas de ley, me parece que se llaman.

—Dirás que se me ve el plumero —repuso la Chaqueta—, pero creo que la culpa de todo eso la tiene el alemán.

—¿Subimos?

—Sí, claro.

La pareja se introdujo en las sombras de la casa.

—Mira —prosiguió la Chaqueta—, con su música expresaron todos los matices de abstracción irónica que el lenguaje era incapaz de articular.

—Haydn nunca me ha parecido irónico.

—Es muy posible, desde luego, que mi teoría sea perfectamente errónea. Paga a la simpática Fräulein, Adrian.

En una habitación del segundo piso por la que el pequeño Wolfgang había correteado, cuyas paredes había cubierto de precoces cálculos y cuyas vigas habían vibrado con sus minués infantiles, la Camiseta Fame contemplaba los objetos expuestos en unas vitrinas.

Los peines de marfil y carey que una vez alisaron los enredados bucles del joven genio no le interesaban en absoluto, ni las cartas ni las listas de ropa para lavar, ni tampoco los violines ni violas de su infancia. Dedicaba toda su atención a las maquetas escénicas que había por las paredes de toda la habitación, encerradas en urnas de cristal.

Parecía fascinado por una urna en particular. La contemplaba con intensidad y sospecha, como medio esperando que las figuritas de cartón irrumpieran a través del cristal y le dieran un puñetazo en la nariz. Ignoraba al grupo de Vaqueros Desteñidos y Bermudas de Lisérgicos Colores que se apretujaban a su alrededor, riendo y bromeando en un lenguaje que no entendía.

La maqueta que tan absorto le tenía representaba un gran comedor con una mesa rebosante de viandas. Junto a la mesa se situaban dos hombrecillos, uno encogido de terror, el otro erguido, con la mano en la cadera, en actitud de caballeresco desdén. Ambas figuras tenían la vista levantada hacia una estatua blanca que les señalaba con el dedo acusador de un guardia de tráfico italiano o de un cartel de reclutamiento bélico.

La Chaqueta de Tweed y la Camisa Azul con Botones en el Cuello entraban en aquel momento en la habitación.

—Empieza por aquel extremo, Adrian, nos encontraremos en el medio.

La Chaqueta observó al Algodón de Oxford, que se desplazó al otro extremo de la sala, y se acercó a la vitrina, cuyo cristal seguía empañado por el intenso escrutinio de la Camiseta Fame.

—«Don Giovanni —recitó el Tweed a la espalda de esa —, a cenar teco m'invitasti, e son venuto.» Don Giovanni, a cenar me invitaste, y aquí me tienes.

—«Non si pasce di cibo mortale chi si pasce di cibo celeste» —murmuró la Camiseta sin apartar la vista de la vitrina—. Quien se nutre de alimento celeste no necesita sustento mortal.

—Creo que tienes algo para mí —dijo la Chaqueta.

—En el Goldener Hirsch, a nombre de Emburey. Un paquete pequeño.

—¿Emburey? ¿Del Middlesex, internacional con Inglaterra? No sabía que te gustara el críquet.

—Lo saqué de un periódico. Me pareció un nombre muy inglés.

—Y lo es. Adiós.

La Chaqueta se acercó a la Camisa Azul, que había entablado conversación con una francesa.

—Le decía a esta señora —informó la Camisa— que ese decorado de La flauta mágica parece de David Hockney.

—Sí que lo parece —repuso la Chaqueta—. En mi opinión, Hockney tiene dos estilos pictóricos. Impulsivo y natural o frío e impasible. Creo recordar una observación que hice sobre la existencia de dos Hockney. Hockney sobre Hierba y Hockney sobre Hielo.

—¿Cómo?

—Es un chiste —explicó la Camisa Azul.

—Ah.

La Chaqueta estaba inspeccionando una figura de la exposición.

—Esa debe ser la Reina de la Noche, sin duda.

—Me parece un personaje extraordinario, verdaderamente —dijo la francesa—. Su música..., qué divina es, Dios mío. Yo soy cantante, e interpretar a la Reina es el sueño más precioso que albergo en mi pecho.

—Desde luego es magnífico... ese papel —repuso el Algodón de Oxford—. Aunque parece muy difícil. ¿Cuál es esa nota increíblemente alta que tiene que dar? Un do de pecho, ¿no?

La respuesta de la francesa no solo sobresaltó a la Camisa Azul con Cuello de Botones y a su compañero, sino a toda la sala. Porque con los ojos llenos de espanto, miró fijamente a la Camisa, abrió la boca de par en par y lanzó una penetrante nota de soprano con una pureza y una pasión que jamás repetiría en toda su posterior y distinguida carrera operística.

—¡Santo cielo! ¿Es realmente tan alta? —preguntó la Chaqueta—. Según recuerdo...

—¡Donald! —exclamó la Camisa con Cuello de Botones—. ¡Mira!

La Chaqueta se dio la vuelta y vio la causa del grito y el motivo de otros chillidos, menos hábiles técnicamente, que empezaban a surgir de todos lados.

En medio de la sala había un hombre con una Camiseta Fame que saltaba y se retorció como una marioneta.

Lo que desencadenó la alarma general no fue la crudeza con que el hombre ejecutaba aquella danza en un lugar así, sino la sangre densa y espumosa que le manaba del cuello. Mientras saltaba y pataleaba, intentaba contener el flujo apretándose la garganta con ambas manos, tarea imposible por la misma presión de la sangre, que brotaba como impelida por una bomba.

El tiempo se paraliza en tales momentos.

Quienes después contaron la escena a amigos, psiquiatras, confesores, a la prensa, mencionaron el ruido. Para unos fue como estrepitosas gárgaras, graznidos burbujeantes para otros: el hombre mayor de la chaqueta de tweed y su joven compañero convinieron en que jamás volverían a escuchar el sonido de una cafetera italiana sin recordar inevitablemente aquel horrible estertor de agonía.

Todos recordaron la pasmosa cantidad de sangre, la fuerza con que se escapaba entre los dedos de aquel hombre. Todos se acordaron del coro de graves voces alzadas por el pánico mientras unas manos auxiliadoras desafiaban la ducha escarlata, saltando hacia adelante para tumbar en el suelo al convulsivo cuerpo. Todos recordaron que nada podía restañar el feroz chorro de la fuente que le manaba del cuello borrando con una mancha oscura las palabras «Voy a vivir eternamente» estampadas en su camiseta. Todos observaron que tardó mucho tiempo en morir.

Pero solo uno recordaba haber visto a un hombre enormemente gordo, de pelo lacio y cabeza menuda, que salió de la sala soltando un cuchillo como si se le escapara un pez de la mano.

Solo uno lo vio, y se lo calló. Cogió a su compañero de la mano y lo sacó de la habitación.

—Vamos, Adrian. Creo que tendríamos que estar en otra parte.

CAPÍTULO PRIMERO

I

Adrian examinó la orquídea del ojal de su chaqueta, se inspeccionó los botines, dio una sacudida a los guantes color espliego, se ajustó el chaleco, se puso bajo el brazo el bastón de ébano, tragó saliva dos veces y abrió de par en par la puerta del vestuario.

—¡Ah, queridos míos! —gritó—. ¡Enhorabuena! ¡Os felicito a todos! ¡Un triunfo, una victoria absoluta!

—¡Vaya! —bufaron desde el vaporoso fondo del cuarto—. ¿De qué coño se ha vestido ahora?

—Eres un gilipollas y un imbécil, Healey.

Burkiss le lanzó una manopla sobre el reluciente sombrero de copa, Adrian levantó la mano y la atrapó con el índice y el pulgar.

—Si hay la más mínima posibilidad, Burkiss, de que esta manopla haya absorbido alguno de los jugos que emanan de tu interior, de que haya enjugado una sola gotita de tus asquerosas grasas pubescentes, de que haya hecho cosquillas y frotado siquiera uno de los rincones horriblemente fangosos de tu repulsivo cuerpo, entonces me dará un espasmo. Lo siento, pero me dará.

A pesar suyo, Cartwright sonrió. Se cambió de sitio en el banco y volvió la espalda, pero sonrió.

—Muy bien, chicas —prosiguió Healey—. Sois muy ingeniosas y me parece bien, pero no permitiré que os desmandéis. Solo he pasado a aplaudir un espectáculo senci-

llamente maravilloso y a deciros que sin duda sois el coro más encantador de la ciudad y que tengo la intención de invitaros a todos a cenar al Embassy, uno por uno, en el curso de lo que estoy seguro será una larga y triunfal temporada.

—Oye, ¿qué clase de abrigo es ese?

—Se llama abrigo de astracán, y sin duda convendrás en que es absolutamente demasiado. Observarás que se ajusta a mi suntuosa fisonomía tan perfectamente como si me lo hubieran hecho a medida..., igual que tú, mi delicioso Hopkinson.

—Venga, cállate.

—Cuando te halagan se te pone todo el cuerpo de color rosa, como un lechoncito, es de lo más atractivo.

Adrian vio que Cartwright se volvía, poniéndose frente a su taquilla, de la que Adrian tenía llave. El muchacho parecía concentrado en estirarse los calcetines. Adrian tardó medio segundo en hacer una fotografía mental de los apelmazados dedos y divinos tobillos enfundados en aquellos calcetines tan afortunados, instantánea que después revelaría y estudiaría con todas las demás que había pegado en el álbum particular de su memoria.

Cartwright se preguntó por qué Healey lo miraba así a veces. Lo notaba siempre, aun cuando no lo viese; sentía aquellos ojos fríos observando con lástima y desprecio a un chico más joven, desprovisto de lengua tan afilada e ingenio tan corrosivo como el todopoderoso Healey. Pero había otros más estúpidos que él, ¿por qué tenía Healey que distinguirlo con un tratamiento especial?

Apoyando con elegante desdén un zapato abotinado en el banco que había en medio del vestuario, Adrian se puso a hurgar con el bastón entre un revoltijo de camisetas y calzones de rugby.

—Me emocionó sobre todo —afirmó— el número del primer acto en el que actuabais en fila con las chicas de Marlborough, saltando en pos de aquel divertido balón de cuero. Fue absolutamente demasiado para explicarlo con

palabras. ¡Pero cómo me reí cuando dejasteis que el coro de Marlborough se largara con él..., válgame Dios, esto es de alguien que ni siquiera sabe limpiarse el culo! ¿Hay una etiqueta con el nombre? Madison, tendrías que prestar más atención a tu higiene íntima, ¿sabes? Solo se necesitan dos trozos de papel higiénico. Uno para limpiar y otro para sacar brillo. ¡Cómo brincabais tras aquella jauría de Marlborough, benditas criaturas! Pero no os daban el balón, ¿verdad? No hacían más que botarlo en el suelo y dispararlo por encima de vuestra preciosa portería.

—Ha sido el árbitro —puntualizó Gooderson—. Nos la tenía jurada.

—Fuera lo que fuese, querido Gooderson, el hecho es que después de esta maravillosa matiné cada uno de vosotros va a convertirse sencillamente en la prenda más codiciada de la ciudad. Es posible que algunos hombres sin escrúpulos vengán a visitaros aquí mismo, en vuestro propio vestuario. Os colmarán de flores, de elogios, de frascos de agua de colonia y del más añejo y caro champán. Debéis tener cuidado con esos hombres, corazones míos, no son de fiar.

—¿Por qué, qué nos harán?

—Os arrebatarán la tierna flor de la inocencia, Jarvis, y la mancillarán.

—¿Y eso duele?

—Si se está preparado, no. Si vienes esta tarde a mi estudio, te acondicionaré para el proceso con un ungüento de mi propia invención. Ponte algo verde, siempre deberías ir de verde, Jarvis.

—¡Oooh! ¿Puedo ir yo también? —preguntó Rundell, que iba camino de convertirse en la fulana de la residencia.

—¡Y yo! —chilló Harman.

—Todos sois bienvenidos.

—¡Cerrad el pico y vestíos de una puñetera vez! —tronó la voz de Robert Bennett-Jones desde las duchas.

—Tú también estás invitado, R.B.-J., ¿es que no lo he dejado claro?

Peludo y achaparrado, Bennett-Jones salió de la ducha y, arrastrando los pies, se acercó a Adrian.

Cartwright echó su camiseta de rugby en el cesto de la ropa sucia y salió del vestuario, llevando a rastras la bolsa de deportes. Cuando las puertas batientes se cerraron tras él, oyó la áspera voz de barítono de Bennett-Jones.

—¿Sabes que eres repugnante, Healey?

Debería quedarse a oír la magnífica réplica de Healey, pero ¿qué sentido tenía? Decían que en el examen de ingreso Healey había sacado las notas más altas que jamás se hubiesen registrado en el colegio. Una vez, durante su primer trimestre, Cartwright se atrevió a preguntarle por qué era tan listo, qué ejercicios hacía para mantener el cerebro en forma. Healey se echó a reír.

—Es la memoria, querido Cartwright. Memoria, la madre de las Musas..., al menos eso es lo que dijo Tejedía.

—¿Quién?

—El tipo aquel griego que era poeta, un tal... ya sabes. Escribió la Teogonía... ¿Cómo se llamaba? Empieza con «H».

—¿Homero?

—No, querido. Homero no, el otro. No, se me ha ido. Qué más da. Memoria, esa es la clave.

Cartwright fue a la biblioteca y cogió el primer volumen de la Enciclopedia Chambers. Aún iba por Bismarck.

En los vestuarios, Bennett-Jones seguía metiéndose con Adrian:

—Sencillamente repugnante, coño.

Los demás, algunos de los cuales habían estado pavoneándose por la habitación, colocándose toallas al cuello como si de boas se tratara, fueron deteniéndose en actitud culpable.

—Eres un marica de mierda y estás volviendo maricona a toda la residencia.

—¿Marica yo? —repuso Adrian—. Llamaron marica a Oscar Wilde, llamaron marica a Miguel Ángel, a Chaiko-

vski...

—Y lo eran —recalcó Sargent, otro delegado.

—Pues, sí, claro —concedió Adrian—, reconozco que mi argumentación termina ahí, pero lo que quiero decir es que mi puerta siempre está abierta para ti, R.B.-J., y naturalmente para ti también, Sargent, y si cualquiera de vosotros tiene algún problema de adaptación sexual, no debe dudar en visitarme para hablar del tema.

—Vamos, por amor de Dios.

—Lo podemos discutir a fondo. Personalmente, creo que esa costumbre vuestra de vestiros con calzones cortos y dar cabriolas por el campo, junto con esa extraña obsesión de abrazar a los demás componentes de la melé y de meter la cabeza entre las nalgas de la fila de delante es lo que origina esas fijaciones anormales. La señora protesta demasiado, en mi opinión.

—Vamos a echarle, coño.

—Bueno, os advierto —dijo Adrian— que si alguno de vosotros me toca...

—¿Sí? —dijo con desprecio Bennett-Jones—. ¿Qué harás?

—Padeceré una monumental erección, eso es, y no seré responsable de las consecuencias. Es casi seguro que se producirá algún tipo de eyaculación, y si alguna de vosotras se quedara embarazada, jamás llegaría a perdonármelo.

Eso fue suficiente para que los demás se pusieran de su lado y los delegados se retiraran a consecuencia de las risas.

—Bueno, preciosas, ahora tengo que dejaros. Esta noche tengo un compromiso con la princesa Despina. Un poco de bacarrá después de cenar, supongo. Tiene intención de recuperar las esmeraldas Kurzenauer. Estás empalmado, Jarvis, es de lo más desagradable; que alguien le eche un poco de agua fría por encima. Buenas noches, Lou. Buenas noches, May. Ta, ta. Buenas noches, señoras; buenas noches, encantadoras señoras; buenas noches, buenas noches.